

¡Llegaron!



Fernando Vallejo  
¡Llegaron!

ALFAGUARA  


El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council\*



Primera edición: octubre de 2015

© 2015, Fernando Vallejo

© 2015, de la edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House, S. A. S. Carrera 5A N° 39A-09 Bogotá - Colombia

© 2015, de la presente edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© 2015, Anibal Vallejo, por la imagen de la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1212-2

Depósito legal: B-18913-2015

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

A L 1 2 1 2 2

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*a David Antón*



«¡Llegaron!», le dijo mi tía abuela Elenita a mi abuela con zozobra no bien nos vio subiendo en el Fordcito por la carretera de entrada a Santa Anita. «Aj, aj, aj, aj, aj», iba diciendo el carrito ahogándose en la subida.

—¿Es que era un carro viejo?

—Viejo no. Es que los carros de entonces eran lentos, no como los de hoy día. Lo más que daba el Fordcito eran setenta kilómetros por hora, en plano. En bajada más, claro, y en caída libre, pero en caída libre va igual de rápido un Fordcito que una piedra.

—Una tortuga pues, su Fordcito.

—Tanto como una tortuga no, aunque tampoco una liebre. Los ocho kilómetros entre Medellín y Santa Anita los hacíamos en digamos dos o tres o cuatro horas.

—¿Dos o tres o cuatro horas para ocho kilómetros? Entonces ustedes estaban jodidos.

—¿Jodidos con carro? Jodido el resto de Medellín que iba a pie. En Medellín habría treinta carros en total. Pongámosle treinta y uno con el nuestro.

—Entonces Medellín no era una ciudad, era un pueblo.

—No... Sí era una ciudad. Lo que pasa es que entonces las ciudades eran pueblos. Pueblos grandes.

—¡Qué aburrición!

—Nada de aburrición. Mucha parranda, mucha fiesta.

Parranda sana, con poco muerto, solo los necesarios, dos o tres o cuatro para que la fiesta fuera un éxito.

Las calles vacías, las carreteras vacías, el campo de aviación vacío... Las iglesias llenas, la morgue llena. Arrancábamos y ¡zuas!, nos íbamos como una saeta. O mejor dicho como una culebra porque era una carretera curvosa. ¡Qué curverío, por Dios, íbamos de curva en curva culebreando! Los más pequeños se mareaban y se vomitaban en el Fordcito.

—¿Mareo en carretera? ¡Ustedes sí están locos! Mareo es en el mar.

—Bueno, si no le gusta, llámelo «carreteo»: se vomitaban por el carreteo y dejaban el Fordcito hecho un asco. ¡Pero qué importa! Éramos felices y eso basta. El hombre nació para la felicidad. Otra cosa es que no la logre. En tanto, le vamos haciendo la lucha.

«¡Raquel, llegaron, ya vienen por el carbonero!», le dijo mi tía abuela Elenita aterrada a mi abuela cuando nos vio llegando al carbonero.

El carbonero era un árbol que producía, amén de hojas, gusanos como borlas amarillas. Al que los tocara le daba fiebre. Un día cogí una de esas borlas pensando que era de oro y no, era un gusano engañoso y casi me muero. A los cinco años muerto, ¡qué horror!, ¿se imagina usted? ¡Cuarenta y cinco de fiebre! Pero sobreviví. Por eso voy aquí junto a usted matando el tiempo contándole. El tiempo es una saeta, y la vida un raudo vuelo. A ver si este avión no se cae. Toco madera.

«¡Raquel, ya vienen por las dos palmas!», anunció Elenita y se le cortó la respiración.

El carbonero daba sombra, las palmas nada, ni siquiera cocos porque eran unas palmas perezosas, haraganas, costeñas, como los costeños de la costa colombiana, que no tra-

bajan. «Un árbol que no da nada, ni fruto ni sombra, hay que tumbarlo», dijo Lía por decir, y ya les contaré qué hicimos con las palmas: a escondidas las cortamos con un serrucho y cayeron sobre el techo de Santa Anita y se llevaron media casa: el cuarto de Elenita, el de la abuela y el abuelo, el comedor... Los tres quedaron durmiendo a la intemperie.

—¿Y Lía quién era?

—Pues mi mamá, ¡quién más iba a ser, la hija de Raquel!

—¿Y ustedes?

—Pues los que llegamos, ¡quiénes más íbamos a ser, los nietos!

Éramos el tifón, el huracán, el tornado, y habíamos llegado a destruir. Lo que estaba bien lo dañábamos, lo que estaba mal lo empeorábamos y lo que estaba aquí lo poníamos allá. Gato que aparecía, gato que perseguíamos con los perros detrás siguiéndonos ladrando. Nos amaban. A cuanto perro tuvo, mi abuela lo llamó «Capitán»; y a cuanto perra tuvo la llamó «Catusa». Se le moría un Capitán, y lo reemplazaba por otro; se le moría una Catusa, y la reemplazaba por otra. Se le murió al año y medio su primer hijo, Argemiro, y lo reemplazó de inmediato por otro Argemiro. Se le murió su tercer hijo, Iván, al año y medio, y lo reemplazó de inmediato por otro Iván. A mi mamá no la tuvo que reemplazar porque era irremplazable. ¡Ah, qué mujer! Única. De ésas no se dan dos por más que rueden los mundos. Da para un libro. Tengo entendido que nació después del segundo Argemiro y antes del primer Iván, si no es que antes del segundo, pero a estas alturas del partido nada puedo asegurar y ya no queda a quién preguntarle. ¡Cuánto hace que se me murieron todos y que los anoté en mi *Libreta de los muertos*!

Cosa segura, eso sí, es que el último de los hijos de mi abuela fue Ovidio, mi tío sabio, el que nos acompañó en la

niñez a modo de tutor habida cuenta que mi papá andaba en la política (que es más adictiva que la plata, que el sexo y que el crack), y que mi mamá vivía en las nubes (pero no en la de Apple, ¿eh?, que es muy reciente), de las que bajaba con intermitencias para tener otro hijo o ponerse a tocar en el piano el «Carnaval de Venecia», que nunca se aprendió. Dejémosla por lo pronto ahí, en el piano, que siga en su entrenamiento dándole y dándole, y volvamos a su hermano Ovidio, nuestro tutor.

Todo lo sabía Ovidio. Todo, todo, todo. Desde el gordo Capeto hasta el cantante Gardel. Más veinte lenguas, entre vivas y muertas, que hablaba o leía como si tal. Una enciclopedia viviente pues. Una Wikipedia para que me entiendan, ustedes que son de la era del Internet. También se les pasará su era, ¿eh?, no se sientan tan seguros. ¡O qué! ¿Llegaron para quedarse? Para morir llegaron e irse, pavesas, y para desaparecer sin dejar rastro. Si algo queda de ustedes, digamos el esqueleto fosilizado en unas rocas y lo encuentra un paleontólogo del futuro, dense por bien servidos. Bueno, ¿de qué les estaba hablando?

—De Ovidio.

—Ah, sí, de Ovidio. Hablaba en veinte lenguas, y cuando tomaba la palabra en español no la soltaba. Hablaba, hablaba, hablaba. Murió de un cáncer en las cuerdas vocales que lo sumió en la oscuridad del silencio. «*Non loquor* —le ordenó la Parca—. No hables», y lo dejó políglotamente mudo. No pudo volver a articular palabra. Ni en la lengua de Cervantes, ni en la de Dante, ni en la de Shakespeare, ni en la de Harún al-Rashid.

—Su Ovidio sabía pues más lenguas que Borges.

—Amigo mío, Borges no era políglota: era ciego. No sabía latín, ni griego, ni árabe, ni hebreo, ni persa, ni sánscrito, pero en todo se metía, eso sí, ¡eh ave María!